

# Conversación paralela

*por*

*José Santos González Vera*

Era treintón, de ojos expresivos, rostro ovalado y porte común. Sendos pliegues en sus comisuras hacían pensar en que siempre sonreía. No era así.

Una idea moral o política apoderábase de él igual que tifo invisible. Entonces dialogaba con quien estuviera, insatisfecho, trémulo, con creciente angustia por no vislumbrar una salida. Hasta perdía el apetito. Al llegar a la más alta tensión la idea obsesora se enfriaba. De no suceder habría perecido porque toda visión trágica que se fijase en su mente, lo envenenaba. La desesperación lo inducía a preguntarse: "¿soy culpable del naciismo? ¿podré aniquilarlo con mi solo esfuerzo?"

Con lentitud, dolorosamente, comprendía que su deber era combatirlo, mas, si aquél demoraba en desaparecer, no era benéfico arrancarse los cabellos. Una parte de su alma era del mundo, la otra, esclava suya, debía guiarlo a lo placentero.

A ratos se creía muy inteligente, pero las más de las horas tenía-se por desacertado. Emparedaba sus emociones temeroso de caer en actos ridículos.

Si una mujer, hambrienta de certeza, le preguntaba: "¿me quieres?", sentíase anonadado. Tenía horror a esas palabras tan grandes. Habría querido decirlas para siempre, mas ¿qué sentiría mañana? Cuando era irremediable, valíase de versos conocidos para responder. Y aquélla no sabía si creer o no.

El empezó narrando escenas populares y amores sin destino. Vislumbró que debía expresar su matiz. No era fácil. El trato con pintores lo llevó a la crítica de arte.

En ese momento fumaba fuera de la sala de exposiciones.

—Juan, una señora desea conocerlo —díjole Abelardo, peninsular reflexivo, dueño de sí, risueño, con quien caminaba cada tarde.

Juan botó el cigarrillo, fue al encuentro de la desconocida, no sin ordenar el nudo de su corbata y cerciorarse de que sus ojales cumplían su oficio.

Ella le dijo cuánto le gustaba la pintura y que lo invitaría a tomar té para conversar.

Tenía ojos color violeta, iguales a uva mojada. Mirando su rostro, su cuello y sus manos no se perdía tiempo. Era natural y contenida. Con una de estas cualidades otras sentiríanse oronda hasta el último minuto.

Junto a la señora, un caballero formal, vestido con buena ropa, alto, rojo, quizás poderoso comerciante, que apenas habló, aguardaba.

Cuando Juan Carreño estuvo a solas con Abelardo, en vez de echarle los brazos al cuello por la presentación de la dama, se distrajo pensando que bienes semejantes correspondían a su manera de ser.

Gozaba a los pocos días, al hallarse solitario, en esculpirla; seguidamente la pintaba y, como si él fuera un pequeño dios privado, le infundiría aliento. Dando un toque aquí y otro más leve dotábala de nuevas hermosuras.

Otrora más de una le produjo parecido encanto. Inevitablemente aquélla se convertía en humo. El sentimiento que lo moviera a ponerla por encima de todas ¿qué se había hecho?

Debió madurar a través de lentos años para que ante una fémina atractiva, se preguntara: "¿qué maña tendrá?", y resistir la atracción. No lo conseguía con frecuencia. A pesar de sus dudas, solía

aligerarse su ánimo; su organismo llenábase de ese poderío con que se lucha por algo elevado. Y él decía a su razón, a modo de excusa, que sentirse así, tan vibrante, valía más que ser razonable.

Cuando le llegó el convite de la dama empezaba el otoño. Llegó a su puerta un tanto trémulo, porque su impaciente imaginación le anticipó raptos dichosos. La veía echarse en sus brazos. "Esto es absurdo", pensó, aunque comprendía que ciertas mujeres suscitan tamaños anhelos.

La criada, que seguramente no lo fue de corte alguna, se limitó a indicarle por dónde se llegaba al jardín. Caminando por un ancho pasillo en penumbra, lo detuvo una onda de perfume denso. Luego lo rebuscó con avidez, queriendo renovar su placer. Supuso que ella había atravesado hacia su pieza de vestir tal vez en ese minuto. La fragancia se había desvanecido.

A veces, cuando al atardecer iba él por una callecita después del riego de los jardines, le llegaba el perfume de una planta. Era inútil que oliera nuevamente. El resorte sutil de su olfato funcionaba poco y a capricho. ¿Qué hubiera sido de él, si percibiese hasta los aromas más suaves, cuando sus demás sentidos eran no sólo sensuales, sino golosos?

En un rincón de jardín había una mesa redonda, de metal, y dos sillas. Un nogal proyectaba generosa sombra. Más allá de la verja una callejuela de puertas cerradas, con hileras de árboles, servía de muro silenciador. Se desentendió del paisaje.

Gustábale la charla y, aunque con sacrificio, oía religiosamente un buen relato personal, sobre todo si escapaba a lo dicho en libros o a lo que sabía.

La comparación de los seres por su apariencia, actitud, o temperamento excitaba su fantasía. Los gestos nobles, unos ojos hermosos, el dejo, eran para él manantiales de sugerencia. Acaso lo hechizaba más el oculto imán de cada rostro femenino.

Surgió la señora. El habló, ¿de qué no habló? Apenas se daba tiempo para respirar. La dama creaba en torno de sí agrado, li-

bertad, confianza. Tomaron té. Juan Carreño cogía del aire los asuntos y los desarrollaba brevemente, con exclamaciones, gestos y sonrisas. Ella, según él, estaba conmovida. Dijo la dama con sabor a verdad, que vivió en una pequeña ciudad europea. Su padre era jefe de algo; antes del matrimonio su madre figuró entre las buenas actrices. Poseían una casa grande, con huerto. Las frambuesas se extendían por los muros. La dama terminaba sus estudios cuando conoció al que es su marido. A los pocos años emigraron a este país donde su hijo se ha formado.

Opinó sensatamente de libros, cuadros y constantes de la existencia. Hubó tanta delicadeza en sus palabras que Juan Carreño lamentó que fuera desacostumbrado, a guisa de homenaje, tomar a una señora, en instantes parecidos, y besarla hasta los pies.

El habló con arrebató del impresionismo. En seguida lo hizo la dama con el donaire que era su atributo. Transcurrieron dos horas largas. Todo fue sencillo, afectuoso, y por parte de él lleno de intenciones apasionadas. Cuando se despidió sentíase como nunca feliz.

Al cabo de unos días su piel, sus ojos y su corazón, seguían impregnados de ese algo tan grato que fluía de ella, pero su mente, más templada, dióse a regustar sus propias palabras y cuantas pudo recordar de las dichas por la dama, por esa criatura tan bien dotada, de cuyo cuerpo, con la sal y el calor, salían tiernos destellos.

Lo angustió que entre su cuarto y el hogar de ella mediaran kilómetros. Cuánto mejor sería que ambos formaran parte de un paisaje de Corot, con árboles frondosos; que yacieran en la grama olorosa y se oyese distante el agua. ¡Qué no se dirían! Acaso no hubiera necesidad de hablar, sino de mirarse, y tal vez valiese más permanecer con los párpados cerrados, pero unidos de la cintura a los dientes.

Lo enrabió que algo tan vital fuera sólo ensoñación; y más aún la entrada de un pintor joven, de mirar inquisitivo y recia voz.

Con seguridad que a éste se le habían ocurrido dos o tres ideas geniales y quería confiárselas a través de la tarde.

Paladeaba la entrevista con la dama sin saber por qué. ¿Faltó algo, sobró? El dijo esto; ella lo otro y continuaron así, alternativamente. Eso fue todo. La señora no contradijo, ni agregó, ni alabó, ni comentó, ni preguntó ni opuso palabra a sus aseveraciones. ¿Pudo pesar en la dama el temor e interrumpirlo o la timidez?

Ella lo impuso de sus predilecciones y recuerdos con voz que tocaba su piel, lo que debió engañarlo porque si no, dado lo preguntón que era, le habría pedido aclaraciones y pormenores. Aunque rebuscara en su memoria no recordaba haberle hecho pregunta ninguna. ¿Entonces la conversación fue paralela?

El, al expresarse, estuvo envuelto en esa nirvana que ella producía. Cuando ésta habló, él tampoco adujo ni una frase por hallarse fuera de lo temporal, consumiendo avaramente esa partícula de fascinación que trascendía de la señora. Por eso también las horas parecieron minutos.

Causábale extrañeza, a pesar de la afinidad que se produjo entre ambos, que la dama no tuviera una exclamación mientras él monologaba. Ordinariamente ocurre en una charla. Tal vez no se pidan detalles, pero el oyente agrega una excepción o narra un episodio relacionado con lo que se dice. No podía reputarla de indiferente, pues no se distrajo un segundo ni cesó de mirarlo con simpatía.

Fue doloroso cuando, después de tanto inquirir, descubrió en su recuerdo que la señora lo miraba con la vista fija, pero más a sus labios. Dado que su boca era bien proporcionada, le halagó que reparase en ese pequeño mérito de su naturaleza. Mas no debía ser así. En el hombre se busca su temple o su pensamiento, y la señora sobrestimaba el movimiento labial.

Abelardo pudo enterarlo. Es verdad que Juan Carreño ocultó la impresión que la dama le causara y deseaba conservar aquélla, tal como la sentía, sin comunicarla a nadie, como tesoro personal, aun-

que ella fuese la mujer de su prójimo, el comerciante rico y alto; pero la imagen que él se había formado, revestida de tanta gracia y recato es seguro que no era la del marido, sino suya solamente. Hasta podía ir donde el esposo y probárselo y si éste no comenzaba por agredirlo, y era comprensivo, tendría que reconocerlo.

“No puedo negar que su imagen es hermosa —le diría aquél— pero yo la tengo a ella y, para serle sincero, no bien la conocí deseé su cuerpo ¡no se escandalice! Era muy joven entonces. A fuerza de desearla fue penetrando en mí algo que siento y escapa a mis palabras. Ustedes los poetas lo definen mejor. Cuando se convirtió en mi esposa gocé con sus virtudes y he padecido con sus caprichos, pues los tiene. Ya nos entendemos con un gesto. Usted me aventaja en que puede conversar con ella largamente (y sonrió). A veces parecemos extraños, pero sufro un sinsabor y me conforto sintiendo su cuerpo junto al mío. Sin embargo, la mujer no es todo. En los buenos tiempos cultivo ciertas aficiones. ¿Usted no es coleccionista? Yo junto pipas. Tengo la de un rey de Holanda. ¡Si pudiera contarle la historia de cada pipa! Desgraciadamente diviso a un mayorista. ¡Son muy quisquillosos! Tendré que atenderlo. No se pierda de la casa, mire que a mi mujer los cuadros la enloquecen”.

Juan Carreño sintió que le ardía la frente.

Abelardo debía ser entendido por la señora. Por ser profesor habla fuerte, mas la voz suya es baja, hasta cae en el susurro. Los que lo conocían poco, muchas veces lo hicieron repetir.

Su memoria le trajo un detalle que no pudo apreciar en la presentación: la fugitiva sonrisa del marido cuando ella dijo que lo invitaría a conversar.

Ella, de seguro, le oyó unas palabras y otras no, también pudo escucharle tal o cual frase. No era suficiente. El pudor acaso le impidió aventurar comentarios. ¿Quién, si no media una razón poderosa, propala, por ejemplo, que ve con un solo ojo o que le transpira el vientre? Nadie. ¡Tengan la seguridad!

No obstante, ella quiso conocerlo. Tal vez leyó sus artículos y le gustaron. Una vez presentado, es evidente que él le hizo una buena impresión, puesto que lo invitó a tomar el té. Ella, aunque no captara sino unas cuantas palabras y frases, le demostró preferencia al pedirle que la llevase a la exposición anual.

Fue aceptado sin preámbulos, empero desconsolábase que no lo oyera. Si hay que alzar la voz, el lenguaje pierde su intimidad, se empobrece mortalmente, pues se reduce a fórmulas: "¡Buenos días! Estoy contento, ¡qué hermosa es usted, me voy!".

¿Adónde van a dar entonces las expresiones tiernas, las sugerencias, los matices, las medias palabras que suscita una mujer? No hay conversación. Quedarían sólo los ademanes, que sin la palabra resultan absurdos, la mirada y lo que transmite una mano que acaricia a otra. Coger una mano, por más que corresponda a un impulso profundo, sin mares de palabras previas, sabe a demasía. Toda relación se construye con frases y confesiones prolijas que llenan horas, meses y años también.

Apenas conocía a la dama. Era contenida y sensible. Su alma en ebullición quería comunicarse con él. ¿Lo querría sólo de oyente? Dolíale figurarse hablando con la señora, sin que ésta pudiera hacerse cargo de lo que él dijese. Fuera de oraciones sueltas que percibiera en su sentido directo la dama recibiría supuestos, retazos de verdad.

Desilusionado, sin decirse: "probemos", decisión que lo habría llevado a casa de la señora a corroborar si el coloquio era realmente estéril, se dejó invadir por la cortedad, no se atrevió a telefonar. Y la fecha de la exposición se venía encima. ¡Cuánto le pesaba la promesa de acompañarla! Al asomar ese día, entorpecido por sus dudas, por su egoísmo y por el prurito de ser oído, lo dejó irse.

A los pocos meses la dama, sin menoscabo de su encanto, fue a guarecerse a una celdilla oscura de su memoria. ¡Quién va a decir que eso estuviera bien! La dama merecía ser vista y evocada.

Otro, por mentecato que fuera, no se le habría separado. Sin embargo la dama, injustamente, por error del corazón, por ofuscamiento y tal vez por falta de humildad de Juan Carreño, quedó en esa tiniebla.

En los diez años siguientes, a las perdidas, no tan a las perdidas, una mujer lo emocionaba. Su voz, su mirada, sus donosos movimientos elevaban su aliento vital. Empero, el molejón del tiempo privaba a la joven de figura, de voz, de hechizo.

Volvía a caminar solo, a comer solo, a distraerse solo.

Al ver una pareja de personas maduras, embebida una en la otra, conversando, que sugiere haber sido así desde el primer día y que lo será hasta el postrero, a Juan Carreño le dolía no poder darse a su compañera eventual, pues, a pesar suyo, era desconfiado y receloso. En el instante de las palabras cariñosas sentíase vacilante, igual que si entrara de noche en lugar desconocido.

En su conciencia se cruzaban el horror al compromiso y el respeto al compromiso. Pretendía que cada acto suyo fuera eslabón de una cadena en perpetuo aumento, aunque supiese que varía el sentir, no menos que la veleta, y que el individuo apenas puede responder de la hora en que está.

Nacía su amor ¿no sería preferible decir su embeleso? y su fantasía lo desarrollaba en un círculo de delectación casi celestial. ¿Lo inspiraba inconscientemente el desdén religioso por lo sensual? El otro amor exigía la hembra, acusada en un rasgo, en un fluido ígneo. También era amor sin porvenir, porque tras la fusión ambos se convertían en ceniza, aunque con dolor y tiempo él volviera a reintegrarse.

Y como no se concertaban estos dos polos de su personalidad, jamás conseguía la conexión del manantial interior de su amada con el suyo. ¡Qué viaje tan largo para tropezar en la puerta cerrada!

Es verdad que solitario leía con método, frecuentaba talleres,



escribía más y repasaba su concepto del mundo, con lo cual se enriquecía en tolerancia, pero no en adivinación sentimental.

Días hubo en que ni a él ni a sus contertulios se les revelaba una idea o parecer novedoso, aunque tuvieran la noción de que el orbe había mudado el rumbo de los espíritus. Ni siquiera surgía un chiste, risueña alteración de lo real. Entonces, cansado de sí y de ver lo requeteconocido, íbase al campo o a la playa.

El azar lo hizo congraciarse con Blanca, cuyo voz de adolescente se emparejaba con su risa fresca. Lectora asidua, amistosa, veía las flaquezas del ideal o mito que la atrajo, y sonriendo, sin desdeñarlos, situábase lejos hasta que otra novedad la exaltaba.

Quizás le sucedía igual con los varones. Necesitaba acompañamiento, pues sólo en la conversación daba de sí cuanto poseía.

Habitaba con su padre que, en las tardes tosía desde su cuarto, más una hermana viuda con su hijo pequeño, empleada en un ministerio, y también una sirviente morena enamorada de su escobillón. Acaso manejarlo fuera para ella danzar.

A Blanca le apasionaba descubrir el sentido de algunos hechos:

—¿No encuentra que los muchachos son muy raros? Quieren ser hombres a los quince. ¿No los halla insolentes y prosaicos?

—El muchacho es absoluto, puro y acaso un tanto badulaque. ¡No me mire con esos ojos! Los adultos son a menudo sólo badulaques. Aquél, sin matices en su conducta ni en su criterio, por no ver el matiz acribilla a sus mayores. Uno cristaliza a los treinta, a los cuarenta, y de acuerdo con su mira verá el mundo ya para siempre. La guerra, la aparición de un gran apóstol o un asombroso invento alteran los valores. Esto lo percibe al momento el joven. Nosotros no. Para el muchacho somos carcamales, seres equivocados, a la deriva. ¡No hay remedio! Cuando por fin el joven hace de manera algo distinta lo que se hacía, agregando, naturalmente, una cosilla de lo nuevo, los que vienen, sus hijos, sus sobrinos, están maldiciéndolos, y a nosotros deben terneros, no ya por car-

camales, sino por momias animadas. ¡No, envejecer es casi un delito!

La viuda, menudita de todo, empecinada tejedora, intervino:

—Blanca, ¿recuerdas a Ismael Araos, ese flaco que me rondaba tanto? Ahora es riquísimo. Y yo, buena tonta, terminé casándome con un militar. ¿Cuál ha sido mi vida? Languidecer en ciudades sin gracia, economizar porque el sueldo de mi marido si permitía comprar zapatos, nos dejaba sin abrigo. ¿Ha sido eso vivir? ¡No! Con Ismael conocería más de veinte países, me hubiera rozado con personajes, ¿lo oyes? tendría una casa aquí, otra en la playa, automóvil. ¡Si hasta de llorar me dan ganas! ¿Cómo encuentras esta manga, no estará corta?

El chicuelo de la viuda, de unos ocho años, en el suelo, distante, se afanaba en armar aviones ya de papel, ya de cartulina, pero repentinamente salía de sí y echaba un vistazo al ambiente:

—Tía, quiero postre.

—¿No acabas de tomar agua? —respondía Blanca, desde la cacerera de la mesa, con falsa seriedad.

Ernestito, dubitativo asía una hélice de cartón y, al fin, se le aclaraba el sofisma:

—¿Y eso qué tiene que ver? —preguntaba enojadísimo.

Si Juan Carreño desaparecía una semana, su teléfono musitaba: "Estoy sola. No lo veo desde el domingo. ¿Acaso lo han embrujado? ¡Véngase, lo espero, sé remedios contra la brujería!".

Esa voz infantil y afectuosa quitaba interés a lo demás. Permanecía en el salón. En un cuadro varias jóvenes iban en ameno paseo por el campo. Distráido vio en el espejo una imagen conocida. Al comprobar que ese semblante era suyo, con disgusto miró a la calle. Allí, fuera del verdor naciente de los árboles, el aire conducía los olores de la primavera y él, por segundo, los aspiraba. En el piso superior alguien se movía sin sentido. Iba mermando la luz. Pronto bajó Blanca con traje azul. El salón se inundó de per-

fume. Juan Carreño lo absorbía hasta con su piel. Y como súbitamente se le esfumara, le rogó:

—¡Por favor, déjeme olerla! —y con osadía juntó su rostro a sus cabellos. Se habría quedado así, pero ella se alejó riendo.

Antes del llamado de Blanca, supo que para alguien sus críticas eran sólo literarias y superficiales. Quería probarse que valían, sin conseguirlo. Pensó que no cabe fijar valores en abstracto, y sí en obras materiales destinadas al uso. La opinión de su crítico tal vez fuera errada, pero no dejaba de hacerle mella.

Al oír la distante voz de Blanca, abstracta también, creyó en ella y ahora más aún en la onda de perfume, que él tenía por milagro, debido a su olfato nulo. Sintió el vehemente deseo de apoderarse de Blanca. Su impulso creció tanto que hubo de echarse los brazos a la espalda. Entró el padre, de mirar tan agudo. Juan Carreño, en su corazón, no pudo expresarle ardiente simpatía. ¡Y el anciano se asomó para irse al punto a su habitación!

Derrotado, adivinaba que en la risa de Blanca había una pizca de perversidad, y con sus frases lo estaba acercando y alejando. No podía sino admirar su aire sereno, de seguro superpuesto, porque el origen de tal juego debía tener su origen en lo pasional. Acaso lograra ella ese equilibrio por la chispa cómica de sus palabras, ninguna directa, sino intencionadas. Había más: en la unión de las oraciones un vocablo gracioso advertía al oyente que su promesa o negación podía ser retirada o transformada en no se sabe qué. No cabía agraviarse porque de su rostro no se iba la niña.

Sofocada entró la pequeña viuda conduciendo a Ernestito:

—¿Lo creerás? Por un número no me gano millones, es decir, tuve la llave de una casita en la playa. ¿No es cierto que al papá le haría bien? Algo me habría sobrado para ir a Europa. Me detengo en Italia, cuántos cuadros estaría viendo, Señor, y lo que se gana en salud en un viaje por mar.

Llegaron un abogado, que asentía sin fe y obsequiaba cigarrillos, y un señor maduro, imagen de la resignación, hombre embo-

tellado, que fue corredor de la Bolsa antes de dar con sus huesos en la cárcel, por breves días; y de la que salió con su honor immaculado y sin qué para comprar un pan. Ahora era un simple comisionista.

—¿Qué se puede adquirir don Raimundo? —preguntó Blanca.

—Hay acciones en alza ¿hasta cuándo? Sólo el diablo lo sabe. Si le sobra dinero, si le sobra, adquiera de productos nobles, de gran consumo, y déjelas como algo muerto en un cajón. ¡Todo es tan misterioso!

—Fuera de la tierra —agregó el abogado con pesimismo— que sube porque los pobres aumentan, lo demás son cábalas, suposiciones que inevitablemente llevan a la ruina o a la revolución. ¿Quién puede detenerla?

Durante la comida contó don Raimundo que un agiotista solía echar al mercado paquetes de acciones. Los corredores cavilaban: “si éste, se decían, con lo astuto que es, las vende, es que se vendrán al suelo” y, presurosos, se deshacían de las suyas. A la semana, despreciadas, el agiotista las recogía. A eso lo llamaba: “probar la fuerzas de las acciones”.

—¡De lo que me libré! —suspiró la viuda.

Con qué alborozo cantaban los pájaros cuando se retiraron.

Al mes de ser acogido por Blanca, Juan Carreño vio surgir la estampa de esa agradable dama a quien él debió llevar a la exposición anual. Conservaba el pudor y la expresión subyugadora que él apreció en las dos únicas veces que la viera. Era raro después de tan largo olvido.

Quedó en deuda con ella. Pudo llamarla, excusarse o enviarle un embeleco. ¿Con qué cara presentarse pasado un decenio? ¿Lo reconocería? Hay personas que olvidan fácilmente a los sujetos desagradables o ingratos.

Y a partir de ese instante, en donde estuviera, con luz o a oscuras, la señora asomábase en su recuerdo sin pedir nada, como don gratuito.

No siguió viéndola por vanidad. El pretendía que sus palabras fuesen escuchadas. Por vivir ella aislada era grande su deseo de comunicación, no con cualquiera, sino con alguien que pudiera comprenderla. Si lo prefirió debía sentirse honrado. ¿Cuándo la amistad de una mujer no es un regalo? Es presumible que su marido, por no alzar la voz, le hablara sólo lo indispensable, y que varias amigas le escatimaran los encuentros. El obró mal, como vanidoso y egoísta.

Se había perdido de la casa de Blanca y cuando asomó, al oscurecer, ella con misterio le dijo:

—Acérquese.

El sonriendo le puso la oreja.

—Usted es un ingrato redomado.

Juan Carreño aspiró profundamente su aliento tibio. Con éste también entró a su conciencia la dama, no en son de reproche, sino recogida, tranquila, dulce.

“Tendré que verla. ¿Así reclamará mi promesa?”.

Mientras caminaba descubrió que ya no sabía el nombre de la dama, ni el apellido del esposo. Después del famoso té la vio en una esquina céntrica. Seguramente cerca de allí estaría el negocio del esposo. Juan Carreño se propuso entrar en las tiendas próximas. Reconocería al esposo, pues no se le había despintado su figura. Fue en balde. No lo descubrió.

Durante días y días espío las siluetas femeninas. Algo de ella había en algunas.

¡Qué memoria la suya! Tampoco dio con el nombre de la calle. Sabía, sí, que antes y después de donde ella moraba, había árboles semejantes, con iguales casas silenciosas. ¿Cómo descubrirla? Buscó a su amigo Abelardo, que conoció a la dama y tuvo un hijo suyo de alumno. Abelardo levantó su cabeza, persiguió por aire cualquier remembranza. Nada bajó del cielo. Madre e hijo se le habían borrado. Mas le prometió ver en el registro de alumnos.

Quizás fuera pretensión absurda buscarla, pues la dama, des-

de temprano, mezclábase a sus ocupaciones en el recuerdo, comedida, animosa, como buen augurio mañanero.

Cuando volvió a verse con Abelardo, éste le anunció que la mayoría de los nombres registrados eran franceses; seguían los alemanes, los eslavos; luego los árabes y sus primos sefarditas. De los franceses habían apellidos que se repetían varias veces. No pudo recordar el del alumno.

Juan Carreño tenía la certeza de que ellos no eran franceses. Ella se lo dijo. La familia procedía de otro país, pero ¿cuál?

No. Tendría que dar con ella y, si era verdad que oía dificultosamente, se ingeniaría para hablarle con énfasis. Asusta más la figuración que el acto. ¿No podría ser que la dama oyese y sólo ansiara expresar sus pensamientos? Hay quien aguarda el silencio del otro para decir lo suyo, con pasión, durante horas. De lo que ella contara le quedó el concepto de su juicio penetrante. Solitaria, pensando en su dilatado recogimiento, y volviendo a pensar, sin amigos gratos para el diálogo, debía estar colmada de observaciones acaso profundas. No pudo confiárselas esa primera vez porque la conversación fue torrencial.

Un conocido preguntó a Juan Carreño por alguien que pudiera venderle parcelas de bosques. Una súbita iluminación lo indujo a ofrecerse. Era el medio de ir casa por casa y descubrir a la señora.

Primero fue a conocer el bosque. En un mes se hizo teórico en crecimiento y beneficio de cada árbol.

Apenas regresó estuvo donde Blanca.

—¿Le parece bien irse, dejándole a una la convicción de que se aleja un amigo y que éste no escriba dos líneas? ¡Usted merece castigo! Déjeme prepararle un trago. Además se queda a comer, pues vendrán amigos que le gustarán. Mientras, medito mi venganza.

—Pero si no estuve en ningún pueblo. Anduve por bosques bordeando un río, atravesándolo a veces. Dormía en una cabaña. He vivido como salvaje, pues así les ocurre a madereros y plánta-

dores. Estos no tienen otro halago, a los tres meses, que bajar al caserío cercano. En la víspera, con ojos encandilados, exclaman: "¡dormiré con pierna suave!" y permanecen junto a ella y el vino hasta que nuevamente suben a la montaña.

—¡Ahí tiene su trago! Sepa, señor maderero, que es mi cumpleaños. De haberse portado bien le daría un abrazo, pero no lo recibirá hasta que lo merezca. ¿Ve cómo me vengo? ¡Papá! ¡Volvió el prófugo!

—Llega muy tostado. En mis buenos años anduve por serranías pavorosas en busca de minas. Hace bien cuando es sólo por un tiempo. Con qué felicidad se regresa. No hay nada comparable a la cama de uno, la comida que nos gusta, los amigos, los traguitos y la mujer. De soltero no tardé en enterarme que Dios estuvo en su mejor día al inventar a la mujer.

—Pero no sólo de soltero gozó usted de ese invento —arguyó la viuda que venía llegando.

—Habladurías, hija.

—Y usted, señor maderero ¿disfruta del invento? —preguntó con sorna, Blanca.

—Querría, pero mis merecimientos no...

—¡Qué modestito el señor! ¿Acaba de hacer la primera comunión?

—Ay, Blanca, siéntate —irrumpió la viuda chiquitita—. Si no te caerás. Figúrate: la casa que mi marido vendió en una friolera ¿sabes en cuánto se ha traspasado? En cuarenta y cinco millones. Estuve amargada la tarde entera. Sólo a mí me pasan estas cosas.

—Señor, con su permiso me retiro. Ya se habrá enterado de que, no bien anochece, mi oficio es toser. ¡No se lo recomiendo! —expresó melancólico el anciano.

—Blanca, voy a echarle una mano a la cocinera —anunció la viuda, incansable hacedora de esto y lo otro.

—Comienza mi venganza: ponga la mano.

Juan Carreño obedeció y recibía palmada tras palmada, cada vez más benignas. Intentó besarla, mas por el aire vino la dama, jovial, graciosa, con tal evidencia que él sintióse igual que si hubieran caído las paredes y quedase ante testigos. El impulso necesario que lo inclinara hacia Blanca murió sin transición.

Ella, más lúcida, con sus emociones encajonadas, percibió en aquél algún raro gesto porque, un si es no es sarcástica, subrayó:

—Señor maderero: ¿qué visión lo sobrecoge?

En seguida llegaron invitados y por más que cambiaran otras frases, y la velada concluyese de amanecida, una sospecha de trizadura quedó latente.

Apenas abandonó el lecho, Juan Carreño se fue a la callecita que tal vez albergaba a la dama. Las sirvientas, desapacibles, armadas con sus traperos, farfullaban: "La señora está en cama", "la señora no recibe a desconocidos", "¿por qué no va a la oficina del caballero?". "La señora está enferma", "la señora se halla en su negocio". Otras, mímicas de nacimiento, entreabrían la puerta, escuchaban recelosas y, rápidamente, respondían con un portazo trascendental.

Ganas tuvo de finalizar ahí su búsqueda, pero resolvió probar en las tardes.

Sus andanzas por los bosques y montañas obligábanle a regustar lo nuevo. Desde la mañana gozaba de una constante sensación de frescura, del crujimiento leve y misterioso del suelo, de olores, de aromas sin nombre que se desprendían de los árboles. No dejó de sorprenderle el avivamiento de su olfato.

La selva se extendía por laderas y montículos. Los rumores confusos, con instantes de silencio, y el canto de pájaros que jamás oyera. Mas la fuga o deslizamiento de animales, bajo las hojas, lo mantenía volcado hacia fuera. Sólo en la noche pensaba vagamente en lo inmediato. Por minutos anhelaba quedarse, satisfecho de vivir más como organismo que ser pensante, empero, la naturaleza dejaba de apasionarlo, y el hábito hacía añorar ese pequeño



mundo de la ciudad del que era número. Lo curioso es que mientras estuvo en medio de la fronda no recordó a la dama.

Al regreso el ruido urbano se le hizo insufrible. "¿Por qué me vendría?"

Una tarde prosiguió su investigación en las callecitas. Un señor le compró dos hectáreas de pinos para su hijo. Otros lo desalentaron, pero de la dama, ni sombra.

Dejó la mañana para sus artículos y después del mediodía dedicábase al visiteo. De cada diez individuos uno le compraba, pero la conversación también había que anotarla al haber. Le relataban hechos asombrosos, únicos. Le fue interesando esta aventura que lo ponía en relación con una humanidad ni siquiera entrevista.

Con Blanca solía charlar por teléfono. Hubo un florecimiento de exposiciones que le obligó a duplicarse, pues los exponentes querían juicios. No estaban seguros de haber pintado obras maestras, pero se lo temían.

Juan Carreño debió reemplazar a su maestro junto al aserradero. Recorría en tren largas distancias, subía a viejos automóviles y, finalmente, a caballo llegaba al pequeño aserradero. Todo esto fue enfriando sus compromisos con la ciudad. De un pueblo veía sólo a la muchacha rubia que, varilla en mano, guiaba una comunidad de gansos; de otro, una calle de madera. Más allá, al detenerse el tren, el parloteo simultáneo de veinte o más mapuches, y por arriba: sol, cerros, bosques y colinas verdes y nuevamente sol o viento.

Ausente por meses, Juan Carreño retornaba al hogar de Blanca. Se le acogía, pero nuevos visitantes polarizaban el primor de la amistad. Conversaba con Blanca y advertía, aunque ésta se mostrara obsequiosa, que buscaba algo más allá de él. Pretextando ignorar su paradero ella ya no le telefoneaba.

—Cambia el mundo, cambian las personas, ¿qué no cambia? Me olvidaba: mi tos —decía el caballero.

Juan Carreño comprendió que se dirigía a él, a juzgar por la

picaresca expresión de sus ojos, por el endurecimiento de las facciones de Blanca y por otra tierna mirada de la viuda. Esta le hizo bien. ¿Qué signo de simpatía no enriquece?

Sus idas al sur, el trato fortuito con tanto desconocido, su holgura económica, esa especie de embriaguez que todo esto le depa-raba, contribuían a libertarlo de su rincón ciudadano, y hacían más tenues sus relaciones con Blanca y los demás, aunque ella lo retuviera haciéndole contar su último viaje. El impulso imponde-rable que los unió había desaparecido y como él, de seguro por ti-midez recóndita y orgullo, al menos así lo creía, no forzara ninguna voluntad en lo emotivo, sólo aguardaba que el rescoldo se enfriara para no irse tan de repente.

Su desdén por cualquier artificio sentimental no impedía sus celos, ni que cayera en la ruindad de aminorar las virtudes de ella, ni del ignorado aquél.

Trájole otra sorpresa su nueva vida. La dama se había esfu-mado. Recordó el perfume que ésta dejara a su paso, mientras él se encaminaba al jardín, tan intenso como para desasosegarlo. Y saltó veloz a otro instante, más próximo, aquel en que Blanca entró al saloncito perfumada hasta lo indecible. Tal vez la percepción de su fragancia remeció, entre sus sensaciones escondidas, el aroma sin-gular de la dama, para no abandonarle durante meses.

Ahora la dama no acudía. Tuvo que ser evocada, al igual que un dolor físico, pospuesto por un sentimiento imperioso, es recordado para comprobar que dejó de sentirse.

Comprendía que la ausencia de la dama era temporal. Con gra-cia, en juego, iba a surgir apenas él se enamorara de otra de perfu-me parecido, tal vez condenándolo a la soltería de hecho, a inapela-ble fidelidad.